

Desmemoriados

Por
**Pascual
MAISTERRA**



MIS lectores saben el gran respeto que profeso a todos los muertos. Pero como esto es una plaza de necrófilos y necrófagos vocacionales, habrá que alzar la voz en pleno vuelo, siquiera sea como modesta advertencia a los carroñeros del lugar primero para recomendarles que lean con atención la obra última de don Claudio Sánchez Albornoz titulada «Orígenes y destino de Navarra. Trayectoria histórica de Vasconia», publicada este mismo año y que constituye uno de los más poderosos alegatos contra el nazismo expansionista del cantón del norte. Segundo para recomendarles también la lectura de otro libro publicado por Planeta el pasado año y del que es autor Marino Gómez Santos. «Españoles sin fronteras» es su título.

Así podrán enterarse, entre muchas cosas más, de las palabras textuales que nuestro don Claudio le decía en plena guerra al presidente Azaña: «La guerra está perdida, pero si por milagro la ganamos en el primer barco que saliera de España tendríamos que irnos todos los republicanos. Eso si nos dejaban.» Así, exactamente así pensaba nuestro ilustre historiador. E incluso así lo había previsto antes de que se desencadenara nuestro conflicto cainita cuando en episodio poco divulgado y del que guardo referencia directa que me facilitó uno de sus protagonistas, don Miguel Maura, fue el propio don Claudio quien a principios de lo que La Cierva denomina primavera trágica, intentó junto con el mencionado don Miguel Maura, con don Julián Besteiro, con don Manuel Giménez Fernández, con don Diego Martínez Barrio y con don José Larraz, entre otros que no recuerdo, evitar la catástrofe proponiendo un gobierno de salvación encabezado por Prieto, idea adelantada que en líneas esenciales propuso más tarde desde la prisión de Alicante José Antonio Primo de Rivera cuando ya España estaba en llamas.

Esas son las cosas que hay que decir y recordar en vez de apropiarse groseramente de créditos y famas. Así el gran preboste del Instituto de Cooperación Iberoamericana, el ciudadano Luis Yáñez, debió haber explicado al presidente Raúl Alfonsín al inaugurar en Buenos Aires la exposición sobre el centenario de Ortega que a finales de julio de 1936 la esposa de nuestro gran ensayista llamó desesperada a Arturo Soria para pedirle que consiguiera del presidente del Gobierno de Madrid que le enviara protección para su marido que estaba amenazado de muerte por los socialistas de «Claridad». Y la protección que la mujer de Ortega pedía era concretamente la de la Guardia Civil. A primeros de agosto logró el maestro huir a Francia donde libremente confesó las coacciones a que había sido sometido en el Madrid republicano. Y parecidas peripecias son las que les tocó vivir a Marañón, a Azorín, a Pérez de Ayala, a Menéndez Pidal y a otros muchos españoles egregios. A mí no me gusta revolver en viejas y tristes historias pero no me queda más remedio que hacerlo cuando los desmemoriados y mal intencionados intentan imponer mendacidades y leyendas.

"EL ALCAZAR"

11 - Julio - 84.